Fuera de VALIJA

nº 82 - 19 julio 47

FRUTOS DEL IMPERIO

EN uno de los últimos números de la conocida revista norteamericana *TIME* se publica un breve y sustancioso reportaje sobre España. Su autor es Emmet J. Hughes, escritor católico, que acaba de publicar un interesante libro en el que recoge sus impresiones acerca de la España franquista, donde vivió durante cuatro años como agregado de prensa de la embajada de los Estados Unidos, y a donde ha vuelto recientemente, en rápida visita, de la cual es producto el reportaje de *TIME*. Hughes es un buen periodista, que sabe ver y sabe dar una impresión jugosa y concisa, completa y esquemática, de lo que ve. Su cuadro —magnífica instantánea— de la situación política de España está trazado con toques rápidos, con rasgos ligeros, pero esenciales y profundos. Así, por ejemplo, señala los tres factores en los cuales cifra su confianza internacional el régimen de Franco, y que son: la interpretación falangista de la Doctrina Truman, la amistad de Perón y las bendiciones del Vaticano. Mas no pretendo comentar ahora ese boceto político del franquismo, sino otro que el periodista traza rápidamente sobre la vida en Madrid, presentando un feroz contraste entre la opulencia y el lujo de los señoritos y potentados en la capital española —"reforzadas sus filas con algunos distinguidos refugiados extranjeros, como los Petacci, la familia de Clara, la querida de Mussolini"— y la miseria y abandono de "los niños tuberculosos de los tugurios de Vallecas, de los que viven en las chozas de las polvorientas afueras de Madrid, de los mendigos que, sin ninguna consideración, tiran de la manga para pedir limosna a los fatigados huéspedes, tras una noche de baile y diversión, en el delicioso Jardín del Ritz". El cuadro, en sus líneas escuetas, en su toque de buril, de punta seca, es impresionante. Pero hay, sobre todo, un trazo en ese aguafuerte, una frase en el rápido y vivo reportaje, que pone la carne de gallina, y que llena de angustia, de horror y de vergüenza al español sensible. Emmet J. Hughes escribe esta frase terrible, insignificante, truculenta, sencilla: "El número de prostitutas es ahora (en Madrid) más elevado que lo fuera en ningún otro tiempo". Al leer esa frase desnuda, tremenda, simple, estremecedora, sentimos como si un estilete se clavase en nuestras entrañas de español, como si se nos desgajase el alma. Ya sabemos qué es lo que abunda ahora en España: las prostitutas. Esa es la única cosecha del Imperio. En España no hay aceite, ni pan blanco, ni viviendas para los pobres; pero hay prostitutas. Clavemos más dolorosamente el estilete: hay en España muchas mujeres españolas —en mayor número que nunca— dedicadas a la prostitución: hijas, hermanas, mujeres de españoles pobres, dedicadas al comercio infame. El Imperio Vertical y Azul se convierte así en Imperio Horizontal y Rosa. Su bandera roja y gualda se tiñe con los chafarrinones del amor mercenario. Al yugo y las flechas de su emblema los sustituyen la tuberculosis y la prostitución; al águila y al león de su escudo, el bacilo de Koch y el gonococo, vistos con cristal de aumento; al castillo de sus armas, el tugurio y el burdel.

Franco había hecho de España un gran cementerio y un gran presidio. Algo faltaba en su obra: ha hecho también de ella un gran prostíbulo, una inmensa mancebía. Ha llenado a España de eso que llaman mujeres alegres. ¡Feroz alegría! ¡Mujeres alegres, salidas de las familias más tristes y pobres del pueblo español! Tristeza y pobreza, salida del lujo y del esplendor de los señoritos falangistas, de los potentados del mercado negro, de los juerguistas opulentos bienquistos del régimen, de las jerarquías del straperlo.

Franco —caudillo celestinesco— coloca junto al cuartel la casa de mozas del partido. Los héroes del Movimiento Salvador necesitan solazarse. Solaz de cinco duros. El complemento del guerrero falangista es la ramera. El verdugo, terminada su patriótica tarea, pregunta a la segunda arma si hay chicas nuevas. El carcelero no va a ser menos, y hace una escapada en busca de reclusas de otra especie. Los obispos, abades y presbíteros que bendicen a Franco tienen sus casas especiales, discretas, canónicas, teologales, con olor a pachulí y a incienso, donde se puede hablar a las pupilas en latín del seminario de Orihuela. La juventud falangista corre, brazo en alto, en pos de las troteras, beteras, peripatéticas y otras pobres mujeres pintarrajeadas, con nombres más o menos helénicos. La Falange es un inmenso lenocinio: Su verdadero nombre es Madame Petit.

La cosa es tan desgarradora, tan cruel, tan sangrante, que ahoga cualquier intento de burla. La broma fácil huye de la pluma. Si no fuera así, diríamos, por ejemplo: los falangistas son hijos de su propia obra. Pero queremos respetar a esas pobres mujeres, lanzadas a la prostitución por el franquismo triunfante, por el hambre, la miseria y el desquiciamiento de un régimen de inmoralidad y de crimen, de vicio y de porquería, de robo y de asesinato, de burdel y de cuartel. Respetamos, con respeto entrañable y conmovido, a esas tristes mujeres alegres. Son hermanas de los "niños tuberculosos de los tugurios de Vallecas". Recordemos la frase feroz, sencilla, espantosa, cándida: "El número de prostitutas es ahora (en Madrid) más elevado que lo fuera en ningún otro tiempo". ¡Año VIII de la Victoria! ¡Arriba Franco! ¡Prostíbulo Uno, Grande y Libre! Y todo ello con la bendición de su Santidad... Recordemos la frase otra vez: "El número de prostitutas..."

El gran culpable de eso, el proxeneta mayor del Imperio, el Alcahuetísimo, no pagará su crimen contra España, su crimen contra esas pobres mujeres españolas, ni aun viendo algún día a una hija suya haciendo la carrera.

EL VALIJERO

A.P.C.E.
SIG.: 1.2.3/1271